

2/13/86

Amor a la pobreza y desprendimiento.

lectura del Evangelio de J. Luc. 2, 1-7 - de J. Guais.

- 1) Una prueba más de la divina Providencia, prueba en la que de nuevo se pone de manifiesto la fidelidad de María y la gracia. Se levantan y se van porque esa es la voluntad de Dios manifestada por las circunstancias.

Al apóstol, al sacerdote le hace falta siempre esta prontitud y este desprendimiento. Dirán que poco que perder también: no importa si mucho o poco: es que el sacerdote o el apóstol que ya ha prometido seguir al divino Rey en todo entendimiento, menos le debe quedar por perder. De todo debe estar suelta por la intención. Dios me los quita... padres, familiares, amigos, ven tu hijo... salud... afectos... El apóstol siempre dispuesto a emprender el vuelo que le señala la gracia.

- 2) Jesús aparece en Belén cuando José y María no tienen nada más que ofrecer que su cariño, su amor, su ternura, su piedad al verlo desnudo.  
¡Dios hermoso es esto! Jesús aparece al apóstol cuando ya

no tenga nada que perder, en el mundo. El amor de Jesús,  
la llama del amor de Jesús no prenderá en nuestros  
corazones, mientras en ellos corran vientos de afectos  
de esas naturas, mientras ellos no sean Belem, o  
cuevas solitarias, a todo otro afecto, a todo otro cariño...  
Soledad fría... pero soledad dichosa que hace que el alma  
goce después de la presencia de Dios. De esa presencia de  
Dios que llena de candor sobrenatural al alma, no  
se llega a formar más que cuando de nuestros corazones  
hemos despedido todo otro afecto y hemos tratado en su  
soledad...

Cuando no nos queda nada, sentiremos que nuestro con-  
don se desborde de amor, cariño a Jesús. El Jesús del  
sacerdote, del apóstol no es más que un cariño,  
ese amor de la creación, que así se vuelve en Jesús  
de Belem.

Dios volverá a parcar en el mundo cuando nosotros los  
apóstoles, los generadores de Jesús, desprovistos de todo nos  
entreguemos - la Providencia que el otro mundo a Jesús  
nuestros corazones.